

DE GAULLE: MUERTE DE UN JUBILADO

PASO la tarde escribiendo sus Memorias; se sentó, luego, frente a la pantalla del televisor para ver y escuchar las noticias. Luego, comenzó lenta y reflexivamente un solitario. En este punto, la muerte le sorprendió. Son los trazos de la muerte de un jubilado, el remate sencillo de una vida que no lo fue. La noticia hubiese sido violenta hace un par de años, cuando realmente se representaba la escena de la agonía del gran personaje De Gaulle. El presidente había hecho un astuto viaje a Rumania para abrir una brecha en las relaciones con el Este cuando le estallaron en las manos las barricadas de París: mayo 1968. A partir de ese momento, todo se precipitó. Agrupó a la derecha para defenderse de la izquierda —ya corrían por las calles, literalmente, Mitterrand y Mendès-Frances, espectros del pasado, para encaramarse al poder a hombros de los estudiantes—, convencido de que aún tenía los poderes mágicos —él los llamaba providenciales— por los cuales, en su extensa y rara biografía, había podido siempre disolver las fuerzas que él mismo había utilizado: los aliados, que le liberaron Francia; los comunistas y los resistentes, que le habían sostenido en el poder durante su gobierno provisional; los alemanes (Adenauer), con quienes se había aliado para buscar la fórmula de una Europa no americana; los generales y los «pied noirs», que le habían sustentado en su pequeño golpe de Estado del 13 de mayo de 1958, con la esperanza de que el general consiguiese, al fin, una fórmula de Argelia francesa... Toda su vida política había sido eso, ese juego difícil y arriesgado. Pero, a partir de mayo de 1968, cuando celebraba los diez años de su segunda época de poder, le ocurrió la desventura del aprendiz de brujo a quien se creía un maestro: había perdido la llave de la caja de Pandora, ya no podía recoger los vientos que había dejado en libertad. Habían desfilado sus ministros por las calles de París al frente de una manifestación de antiguos paracaidistas de Indochina y Argelia, había pactado con los jefes militares en Mulhouse, había liberado a Salan y perdonado a Bidault, levantaba otra vez la descolorida ban-

dera del anticomunismo... Fueron esas fuerzas las que, poco a poco, le devoraron. Aún quiso intentar una defensa, eliminando a Pompidou —su primer ministro, el hombre de la nueva marea de la derecha—, pero era tarde. De Gaulle cayó en un referéndum sin gloria —la regionalización, la supresión del Senado— y esa fue su verdadera muerte.

Volvió a ser, como lo había sido antes, el solitario de Colombey-deux-Eglises, el desdén y silencioso anciano contemplador de la Historia. Pero antes, en su primer retiro —desde la caída del gobierno provisional hasta el golpe del 13 de mayo—, había sostenido la esperanza del regreso, se había mantenido en reserva —como decía él— para cuando la patria le volviese a necesitar. Había aparecido en alguna conferencia de prensa breve y áspera en un hotel del Faubourg Saint Honoré, mantenía un pequeño gabinete político, emitía, de cuando en cuando, opiniones breves y cortantes. Ahora, no. Ahora era ya solamente la estatua de sí mismo, la sombra de sí mismo. No ha muerto De Gaulle, sino un superviviente de De Gaulle. Alguien dijo una vez: «De Gaulle es un loco que se cree que es De Gaulle». Probablemente, en estos últimos tiempos, ya ni siquiera lo creía enteramente.

La misma supervivencia del degolismo era un puro mito, una manipulación. El degolismo nunca fue una doctrina, sino una personalidad, y el degolismo de Pompidou, de Chaban Delmas, del partido dominante en la Asamblea es solamente una manipulación, un revestimiento de otras formas de la derecha. Ya no se gobierna hoy con figurones; sus efigies —Churchill, Eisenhower, Hitler, Mussolini, Stalin— sirven para llenar los museos de figuras de cera y, en todo caso, largos capítulos en los libros de historia. No parecía que el general De Gaulle desease otra cosa —para Francia, sí: antepuso siempre Francia a sí mismo, aunque con una imagen que le reflejaba—: avenidas con su nombre, monumentos con su talla, largos capítulos en la historia del futuro. Su muerte humana, tras su muerte política, le abre cumplidamente esos caminos. ■ E. H. T.

